

observaciones morales, infundiéndole en su totalidad cierto carácter didáctico: ni se comprendería tampoco de otra suerte cómo llega á penetrar en la narracion el apólogo, apenas iniciado en la vulgar literatura, bien que pugnando ya por establecer la tradicion de la manera que adelante notaremos. Y penetra en la historia universal del Rey Sabio el apólogo de los orientales, no por cualquier sendero, sino pasando á ella directamente de los libros indianos, cuyo estudio dejamos hecho en los capítulos anteriores. Describiendo la ciudad de Aténas y procurando hacer otro tanto con sus famosos gimnasios literarios, ponderaba don Alfonso las excelencias de la sabiduria, comprobando su doctrina con el siguiente egemplo, que es uno de los primeros que exornan el prólogo del libro por el mismo rey mencionado:

«Fallamos (dice) un enxiemplo desto en un libro que fué fecho en India et á nombre *Calila et Dimna*. Et dix que un rey de Persia que falló en sus libros que auie montes en India, en que nascien yeruas que qui las cogiesse et las maiasse et sacasse el çumo dellas et untasse los muertos con el que uiuirien. Et quando el rey esto oyó, plogol' mucho, cuydando que assi era de llano en llano, como los libros dizien. Et llamó y un philosopho que dizien Barzeuay, et mandól' que fuesse á India et que pro-uasse aquello et diol' grande auer et cartas pora los reyes daquellas tierras quel dexassen andar por sus regnos et cojer las yeruas que ouiesse meter. Et fué el sabio et dió las cartas á los reyes, et á ellos plógoles con ellas, et mandáronle guiar et guardar de todo estoruo por todas sus tierras. Et él fué et subió en los montes et cogió las yeruas asi como mandauan los sabios en aquel libro, et adúxolas al rey daquella tierra, et sacó dellas el çumo et pusol' sobre los muertos antel rey, et non resuscitó ninguno. Quando él esto uió, touo que eran mintrosos los escriptos, et quiso tornar assi, sin todo recabdo. Essora los Reyes daquellas tierras demandáronle por qué s' yua et si fallara recabdo de lo que demandara, ó por qué se yua assi. Et él contóles todo aquello que fíçiera, por lo que auie pasado. Et el rey daquellos que era mas sabio que los otros, disol' que lo tenie por marauieilla del Rey de Persia que tan sabio uaron era, cómo ueniara assi sobre aquella razon; et tenie quel auie y enuiado como por escarnio dellos et porque él non entendie los libros. Et á esto repuso Barzeuay et dixo que el rey de Persia non fiziera esto por escarnio dellos, mas porque cuydaua que era uerdat lo que en los libros fallara escripto. Entonçes le repuso el rey:—Ell entendimiento de los libros tal deue seer como te yo agora departiré: por los montes déuense entender los sabios, sea assi como los montes son mas altos que todos los otros logares, assi son los sabios sobre todos los otros omes en el entender. Et por lo que

«dize de India, entiéndese que al tiempo en que somos que en esta tierra se busca el saber de las naturas mas que en otra. Lo ál que dize que coian las yeruas et que las maien et saquen ende et çumo, esto se deue entender que coian et ayuntan las palabras et los entendimientos de los libros de los sabios et que las maien en sus coraçones, estudiando por ellos et mostrando lo que quieren dezir. Et aquell entendimiento que dellos sale, es el çumo con que untan á los que non saben que son tales como muertos, et salen daquella nesçiedat en que estan, et son entonçes tales como que resuscitassen de muert' auida. Et desta guisa preçiauan los antigos el saber: que al qui lo sauie, llamáuante biuo et all otro «muerto»¹.

Esta inclinacion á los libros orientales, excitada al par en Alfonso con el estudio de las Sagradas Escrituras y con el egemplo ya inofensivo de los árabes, llevábale á menudo á dar excesivo crédito á los historiadores de estos, introduciendo en la *Grande et General Estoria* crecido número de peregrinas leyendas, donde no solamente predomina lo maravilloso, característico de la literatura musulmana, sino que forman lo sobrenatural y lo fantástico la base principal de la narracion histórica. Especial es por cierto el colorido que recibe esta de semejantes relaciones, y tanto más notable cuanto que alternando con las tomadas de la Biblia y con las deducidas de los poetas clásicos, producen extraordinario y no esperado contraste. Varias son las historias que pudieran citarse en comprobacion de estas observaciones: merecen sin embargo ser mencionadas la de *Zulayme y Joseph*; la de la sabia *Doluca*, cuyos palacios encantados eran maravilla de Egipto; la de la infanta *Termut*, modelo de piedad y de prudencia; y las no menos sabrosas y sorprendentes de la reina *Munene* y de *Tacrisa*². No seria posible á los lectores juzgar con entero conocimiento de causa sin algun egemplo de estas singulares narraciones; y como conocen ya el *Poema de Yusuf*, derivado á nuestra vulgar litera-

1 I.^a Parte, lib. VII, cap. 41.—Debemos notar que la version de este apólogo es distinta de la que ofrece el cód. iij. h. 9. de la Biblioteca del Escorial, citado en el capítulo precedente, por más que el asunto sea el mismo, que sirve en dicho Ms. de introduccion al libro de *Calila et Dimna*.

2 Caps. 26 y siguientes del lib. XXIII; 44 y siguientes del lib. XIII, y 6, etc., del XIX de la I.^a Parte.

tura por medio de la tradicion mahometana, parécenos acertado el preferir la historia de Joseph, en lo que, aviniéndose con el indicado poema, se aparta de la exposicion bíblica. Acusada Zulayme (que es la Zuleika del Koran) de fácil y liviana por las mujeres del palacio de Faraon, convidadas á un opulento banquete, segura de vencer su murmuracion con la presencia sola de su siervo:

«Quando las duennas auien á uenir (escribe el rey) asentós' ella en un palacio en que auie otro de dentro et eran amos pintados et labrados con mucho oro. Et fizo tender por ellos pannos de seda de color jalde et otros colores muchos, et labrados con oro duna laur que dizen en aráuigo *dibeth*... Et colgó aderedor acitaras daquel panno. Et mando uenir unas mugieres que affeytauian las nouias et mandóles que affeytassen á Josep quanto mejor sopiessen et pudiessen et quel sacassen desta guisa affeytado al palacio ó estauan las duennas quella conuidara de casa del rey. Et este palacio auie la puerta ó nasce el sol; et entraua estonçes el sol por todo él. Et aquellas mugieres que affeytauian á Josep, pusiéronle una redeciella sobre los cabellos labrada con aljofar et con piedras preciosas, et uistiéronle pannos de seda jalde labrados con oro et con plata, á sennales de ruedas uermeias por sus logares otrosi con oro: et dentro daquellas ruedas auie unas figuras de aueziellas pequennas de color uerde; et el panno era forrado et enuestido de çendal doblado de color uerde; et las bocas de las mangas labradas con piedras preciosas de muchos colores. Et uistiéronle sobre aquel panno una cámara uermeia delgada; et pusiéronle sobre todo en la cabeça una corona doro, labrada notrossi con piedras preciosas muy nobles. Et fiziéronlo de guisa que paresciessen los cabellos só la corona, et tornáronle una peça dellos delante quel colgassen sobre los pechos et fiziéronle dellos trenças como de redenziellas. Et sobresto alcohóronle los oios et pusiéronle en la mano un ysopo doro con sedas uerdes, [conque echasse agua rosada á las duennas, como si fuesse obispo ó arzobispo ó donzella de linea de reyes ó de muy alta sangre.

»Et quando las duennas ouieron comido los otros comeres, aduxiéronles delante çidrias et otras fructas de muchas naturas, segund tierra de Manip et sennos cuchiellos con mangos de piedras preciosas, conque las aparassen. Et dixoles aquella ora dona Zulayme:—Duennas, taiad dessa fructa et comed.—Et fizo luego adozir uinos de muchas naturas por fazerles más plazer et alegrarlas más; et mandóles parar muchos uasos delante con ello, que beuiesse cada una de qual se pagasse et quanto quisiesse. Et pues que comieron de la fructa et beuieron del uino, dixoles:—Fiziéronme entender que tratauades en el uestro palacio, las duennas, ven el mio fecho con el mio sieruo. Respusiéronle ellas:—Pero departien-

»do nos sobresta razon, dixiemos que uos erades de grand guisa et que non fariedes tal cosa, ca tan onrrada sodes uos que tenemos que non tornariedes cabeza aun por fijos de reyes, pues quanto menos por uestro sieruo. Essora les respuso ella:—Non uos dixieron verdad: que lo yo quis fazer; pero aunque assi fuesse, como lo uos oyestes, non era cosa muy desguisada, ca ome es pora tal fecho.

»Estonçes enuió dezir á las quel' compusieran quel aduxiessen ante ella et ante las otras duennas á aquel palacio, ó estauan. Et quando uino á aquel logar ó su Sennora seye con las duennas, dió por él el rayo del sol quel entraua por la puerta, como lo auie mandado guisar donna Zulayme, et resplandesció todol palacio et la faç de Josep et quanto él uistió. Et Josep fué uiniendo su passo con su ysopo en la mano, assi comol' castigaran, fasta que llegó á su sennora, et se paró ante ella. Et pararon mientes en él todas las duennas. Essora comenzo á fablar con ellas dona Zulayme; mas ellas tanto estauan pensando en la beldad de Josep que non parauan mientes en lo que les ella dizie; et dixoles:—Duennas, ¿qué auedes que non parades mientes en lo que uos digo yo, catando á mio sieruo?... Et respondiéronle ellas:—Dios le libre de seer sieruo, ca este non es sieruo, mas semeia rey noble.—Et catando á él, non fincó y ninguna que non fues mouida en su coraçon, et non cobdiçiasse uaron»¹.

Pensamientos, imágenes, giros, locuciones, y hasta la dición misma, darian razon cumplida del origen inmediato de esta peregrina historia, si el rey de Castilla no lo hubiese declarado, lo cual sucede tambien con las demás leyendas mencionadas. Á ellas se contraponen con notabilísimo efecto los mitos de la teogonia gentilica, que, segun arriba insinuamos, tienen en la estimacion de don Alfonso un valor meramente histórico, si bien equiparando á la Biblia los libros, en que se hallan consignados. «El Ovidio mayor (dice) non es ál entre ellos [griegos y romanos] sinon la theología, et la Biblia dellos entre los gentiles»². Mas emprendida por Alfonso la difícil tarea de dar á conocer, aunque en el sentido ya indicado, la mitologia, no se hubo de contentar con la exposicion de los *Methamorphoseos*, y acopió y

¹ I.^a Parte, lib. VIII, cap. VII.—La historia de Joseph, así referida, la tomó don Alfonso del *«Quteb almazahelit vhalmetto*, libro de los caminos et de los regnos», debido á Abú Obayd Al-Becri Al-Eumbí (el de Huelva), «rey de Niebla et de Salces». Cítalo al propósito diferentes veces, así como en otros muchos pasajes.

² I.^a Parte, lib. VI, cap. XXVI.

consultó diferentes obras, hoy de todo punto desconocidas ¹, las cuales bastan para desvanecer la vulgar preocupacion de los que asientan que fué la antigüedad clásica ignorada de todo punto en la edad media. Observemos aquí, para gloria de nuestra literatura patria, que el nieto de doña Berenguela componia la *Grande et General Estoria* casi un siglo antes de florecer en Italia el celebrado autor de la *Genealogia de los Dioses* ².

Cuán vario y distinto sea el objeto y carácter de las dos grandes obras históricas del soberano de Castilla, no hay para qué demostrarlo, cuando el exámen que de entrambas hemos hecho lo persuade, probando al par el error de los que, sin más fundamento que su propia incuria, han llegado á confundirlas. Pero si en la materia son tan diferentes, una y otra aspiran al mismo fin de la enseñanza, y una y otra son hijas del hidalgo anhelo de labrar la felicidad de la patria; anhelo que impulsaba á don Alfonso en tantas y tan meritorias empresas. La semejanza es sin embargo completa respecto de los medios del arte: siguiendo el egemplo de los cronistas latinos, que habian conservado, aunque imperfectamente, la tradicion de las formas históricas consagradas por la antigüedad, adoptábase en ambas principalmente la dramática, poniendo en boca de los personajes, cuyos hechos se refieren, frecuentes discursos, arengas y diálogos. Tan cercana á

¹ Entre otras obras, cuyos títulos apunta el Rey Sabio, relativas á la antigüedad, citaremos el *Libro de las Estorias et de las fabliellas* y el *Cómpoto de los tiempos*, producciones que son hoy de todo punto ignoradas: De la primera nos dice el rey sin embargo que presentaba en lucha constante los hechos históricos y los fabulosos: de la segunda sabemos que estaba escrita en versos latinos y que trataba principalmente de las primeras edades del mundo.

² Antes de conocer la *Grande et General Estoria* del Rey de Castilla nos parecian mayores y más dignos de alabanza los esfuerzos que hizo Bocaccio en su *Genealogia Deorum* y en su libro *De Montibus, sylvis, etc.*, para restablecer el conocimiento de la mitología gentilica: considerando cuántas nociones atesora don Alfonso en este punto; siendo claro que se halla más distante de los gérmenes de clasicismo, que fermentan en Italia, y que vive mucho antes, si no decae en nuestra estimacion el autor de *Il Decamerone*, como erudito, pierde al menos el mérito de la prioridad, que es mayor en el Rey Sabio, por haber escrito en su lengua patria.

la epopeya heróica, como hemos observado, al reconocer las fuentes de la de *Espanna*, no podia la historia desprenderse de su influencia; y contribuyendo esta á darle cierto movimiento que robustecia la indicada tradicion, comunicábale tambien las formas expositivas, con las cuales parecia tomar cierta popularidad, ajena en parte á su índole ya erudita. El historiador supone que dirige la palabra á un número determinado de oyentes, como lo habian hecho y lo verificaban aun los cantores de las *prosas* heróicas y caballerescas; y en tal concepto emplea muy á menudo las siguientes fórmulas: «Sabed quantos esta estoria oydes:—»Agora sabed, los que esta estoria auedes oyda:—Oyestes ya de »suso:—Magüer que oyestes:—Como agora veredes:—Dezir uos »hemos:—Agora uos diremos:—Como auedes uos oydo», etc. Y sin embargo la historia se destinaba á la lectura, dirigiéndose sobre todo la *Grande et General*, no sólo á los que pasaban por entendidos, sino tambien á los que llevaban título de *escolásticos*.

Dedúcese de todo lo expuesto, que sin divorciarse de lo existente, sin rechazar los medios adoptados por el arte, antes bien atendiendo á infundir á este nueva vida en más anchurosa órbita, dió el rey de Castilla inusitado impulso á los estudios históricos, mereciendo, no que se le apellide el primer cronista castellano, sino que se le intitule el primer historiador vulgar, cuyo nombre guardan con gloria los anales de la literatura patria. Su egemplo en el cultivo de la historia de España hubo menester de un siglo entero para encontrar dignos imitadores: la historia universal no los tuvo en la Península durante la edad media, ni los ha producido tampoco, tan dignos como fuera de desear, en los tiempos modernos ¹. Así, tomando unas veces la iniciativa, y siendo otras

¹ El aplauso con que fué recibida la *Estoria de Espanna* por los doctos, movió sin duda al obispo de Burgos don Gonzalo Garcia Gudiel, que en 1276 fué elevado á la metrópoli de Toledo, á ponerla en lengua latina, segun dijo ya el diligentísimo Zurita (*Anal.*, lib. II, caps. 2 y 3 del tomo I). Hecha esta traduccion, siendo don Gonzalo prelado de Burgos, es evidente que la *Estoria ó Crónica General* fué terminada por aquel principe en el tiempo que dejamos indicado. De la *Grande et General Estoria* se conserva en el Escorial un Ms. que encierra (j. O. 4.) los seis primeros libros de la I.^a Parte y veinte capítulos del sétimo, escritos en lengua gallega. ¿Pensó acaso el Rey Sabio

único en sus elevados proyectos, logró el Rey Sabio sobreponerse á todos sus coetáneos, no debiendo sin embargo olvidarse que el movimiento impreso desde principios del siglo XIII á los estudios, daba también en otras comarcas de la Península satisfactorios resultados.

Asociado á esta era de engrandecimiento para las monarquías cristianas y de verdadero desarrollo intelectual, hemos visto al rey don Jaime I de Aragón, ya fundando universidades literarias, ya protegiendo á los hombres doctos, ya acaudalando las letras catalanas con los tesoros de los orientales: aun cuando no en la esfera que el rey don Alfonso, quiso también *lo gloriós En Jaume* dar testimonio de su predilección á la historia; y ya en los últimos años de su vida, enlazando á los laureles del guerrero la palma del historiador, narra sus propias conquistas ¹. Su *Chronica o comentari*, comprendiendo *tots los fets et les gracies que Nostre Sennor li feu*, es sin duda uno de los monumentos más estimables que ha transmitido á la posteridad el siglo XIII. Con ingenuidad no muy habitual en el monarca, de quien el pueblo caste-

valerse de este romance para componer toda la obra? ¿Fue la dicha parte traducida después de acabada esta?... Lo natural parece, en el orden de estudios realizados por don Alfonso, que la *Grande et General Estoria* fuese redactada en castellano, y que el afecto que guardó toda su vida al romance gallego, le llevara á desear leerla en la misma lengua de las *Cantigas*. La cuestión no puede sin embargo resolverse definitivamente.

¹ Casi todos los escritores catalanes opinan que la historia de don Jaime fue escrita por este al propio tiempo que sucedían los acontecimientos narrados en la misma. Examinada detenidamente, y notándose que respecto de los primeros años de su reinado manifiesta frecuentemente haber olvidado los nombres de muchos personajes; reparando en que habla siempre del tiempo pasado, sin advertir una sola vez que apuntó ó escribió antes los hechos que refiere; y considerando por último que abraza toda su vida, no creemos que pueden aplicársele con entera razón aquellos versos que Lope de Vega hizo, aludiendo á César:

Letras y armas igualaba,
mientras más la guerra ardía:
si peleando, escribía,
escribiendo peleaba.

Para nosotros es indudable que el rey de Aragón escribió su historia en la última década de su reinado.

llano mostraba en sus días extraña desconfianza, cantando:

Rey bello, que Deo confonda,
Tres son esta con' a de Malonda ¹,

refiere el conquistador todas sus empresas, no sin apuntar las excelencias *de seu linatge*, y exponer complacido las raras circunstancias que precedieron á su nacimiento. La desastrosa muerte de su padre en la batalla de Muret, dejándole en la infancia, con un patrimonio disipado, una nobleza altiva y ambiciosa y un pueblo avezado á la anarquía y no muy devoto de la autoridad de los reyes, vino á lanzarle antes de tiempo en aquel mar tempestuoso, que fue para él escuela práctica, donde aprendió á conocer las cosas y á los hombres. Este laborioso periodo de su vida, en que luchó cuerpo á cuerpo con los magnates de Aragón y Cataluña, postrando con entereza de granado varón la soberbia de los Ahoñes, la arrogancia de los Moncadas y la fiereza de los Cabrerías, alcanza hasta el memorable proyecto de la conquista de Mallorca. Grato es por cierto el ver pintada por mano del mismo príncipe que la convoca, aquella respetabilísima asamblea en que depuestos antiguos rencores, magnates, prelados, caballeros y ciudadanos, ponen sus vidas y haciendas á los pies de un soberano mozo aun, que después de haberlos vencido con la entereza de su carácter y la fuerza de su brazo, sabe inflamarlos al grito santo de la religión y de la patria. Coronada aquella empresa, verdaderamente épica, por el más feliz éxito; ganadas con las islas Baleares que vienen sucesivamente á su poder, innumerables riquezas, y más que todo acreditado don Jaime de experto caudillo y valerosísimo soldado, pone sus ojos en el reino de Valencia, cuya conquista empieza con las hazañas de Burriana y termina con la capitulación de Játiva. Interesante, rica en pormenores y en extraordinarias proezas personales, que le infunden el carácter de un poema heroico, ó de un libro de caballerías, es esta parte de la *Chró-*

¹ Hablando don Juan Manuel del abandono en que dejó don Jaime al infante don Enrique, y del concierto de las bodas de don Manuel y doña Constanza, dice: «*Feziéronle un cantar, de que non me acuerdo sinon del refran*»; y pone los dos versos citados.

nica, en que ni los temores del clero, ni las manifiestas contradicciones de la nobleza, ni la defección y desaliento de los caballeros quebrantan el ánimo de don Jaime, firme en su patriótico empeño y seguro de la victoria.

La administración de justicia en todos sus estados, la pacificación de los vasallos mudejares sublevados por el alcaide Alazarch, la insubordinación de la nobleza de Aragón que se niega á socorrer á don Alfonso de Castilla, la reconquista del reino de Murcia en nombre de este monarca, y finalmente el castigo de los magnates aragoneses, son los acontecimientos de más bulto contados por el rey cronista, tras los triunfos memorables de Valencia, pintando en ellos con toda exactitud el espíritu anárquico y contradictorio de aquella múltiple sociedad que tenía bajo su cetro. Excitado entre tanto por el emperador de Constantinopla y por el gran Can de Tartaria para pasar á Tierra Santa, y llamado á Castilla por su hijo don Sancho, exaltado á la silla de Toledo para solemnizar su consagración, entrábase don Jaime en los dominios de don Alfonso, quien, después de agasajarle dignamente, le ayudaba con no pequeña suma de maravedises para la empresa de los Santos Lugares. Malograda esta, después de embarcado el valeroso monarca, llámanle de nuevo á Castilla las bodas del infante don Fernando de la Cerda; ocasión en que fomenta sin advertirlo las pretensiones de don Sancho, que produjeron adelante escandalosos disturbios, mientras dá al Rey Sabio los más saludables consejos.

Nuevos desmanes de la nobleza catalana le obligan después á usar del rigor, llegando el espíritu de rebelión hasta el punto de anidar en su propio heredero; mas reducido este á la obediencia y restablecida la calma, es don Jaime invitado por el Pontífice al concilio de Lyon, donde debía tratarse de organizar cierta cruzada para rescatar otra vez el Santo Sepulcro. Curiosa es la descripción que el rey aragonés nos hace de aquella religiosa asamblea, donde se contaban más de quinientos preladados: expuesto sin embargo el voto de don Jaime, favorable á la empresa, nadie se atreve á secundarlo, volviéndose el español á su reino, sin que el Papa se dignara coronarle, á menos que se le confesara tributario. La insurrección de los moros valencianos

acaecida en 1276, es el último suceso público en que el Conquistador interviene, asaltándole aguda dolencia, cuando se preparaba á castigarla. En Alcira comprendió don Jaime que se le acercaba el momento supremo; y hecha renuncia de la corona en su hijo, vestía con devoción cristiana el hábito del Cister, dirigiéndose al retiro de Poblet para acabar sus días; mas llegado á Valencia, agravósele en tal manera la enfermedad, que ni pudo seguir el viaje, ni añadir una página más á su *Crónica* ¹.

Abraza esta pues la vida entera del rey don Jaime, que encierra el largo, difícil y glorioso período de sesenta y ocho años, ocupando aquel el trono de sus mayores por el espacio de sesenta. Escrita con suma naturalidad y frescura, ofrece al par el interés de un diario y la regularidad de una historia, esquivando á menudo los excesivos pormenores. La narración que bien pudiera en suma apellidarse familiar, toma á veces el tono elevado de la epopeya, conforme á la situación que describe; é iniciado el Conquistador en el conocimiento de las sagradas letras, salpicala con frecuencia de oportunas máximas y piadosos versículos, que, explicando la conducta del soberano, acreditan su ilustración y su talento. Elogiado es también sobremanera por los amantes de las letras catalanas el lenguaje de la *Crónica* del rey don Jaime, señalado como el primer ensayo histórico hecho en el habla catalana: sencillo y pintoresco á la vez, participaba de la misma ingenuidad que en toda la obra resplandece, no sin que lo esmalten

¹ Es notable el error en que cayó Rodríguez de Castro, insertando en su *Biblioteca* (tomo II, pág. 606 y siguientes) el índice de capítulos del código j M 29 del Escorial, que tuvo por la historia de don Jaime sin ver que era del caballero Desclot, de quien en su lugar trataremos. Con sólo advertir que el cap. XIV trata «*De la mort del rey en Jaume et com l' Infant En Pere fô coronat Rey et recobrá tot lo regne de Valencia que s'ere alçat*», se viene en conocimiento de que la suposición indicada es inadmisibile, admirándonos todavía más el error de Castro, cuando vemos que los cincuenta y siete capítulos restantes (en el código G. 160 de la Bibl. Nac. son 69) comprenden casi todo el reinado de Pedro III [1276 á 1285]. Amat cayó en el mismo desliz (*Mem. de los Escrits. cats.*, pág. 320). El *Comentario* se imprimió por Diego de Gumiel en 1515, y por la viuda de Juan Mey 1557. Don Mariano Flotats y don Antonio de Bofarull lo pusieron en castellano en 1848, con el título de *Historia del Rey don Jaime I, el Conquistador*.